

# Condición de la luz

Juan Pastor presentó en el Museo Ramón Gaya 'Dominios de matiz', su último libro de poemas, cuyos versos «nos arrojan desde un extremo al otro y del valle hasta la cima», como se escribe en la propia obra

Soren Peñalver



■ Alguna vez me he preguntado, aunque a él nunca, el porqué de su cambio de Barcelona por Madrid. Éramos tan jóvenes cuando Juan y yo nos encontramos por las Ramblas, en aquellos años de turbulencia cultural y modas excéntricas, en el tardofranquismo y posfranquismo, por aquella ciudad que él, creo, no olvidó nunca, tampoco yo, y añoraremos siempre.

Mi amigo y yo nacimos a escasos kilómetros (podría decir parasangas), en lugares con sedimentos antiquísimos, que nunca se estudian lo necesario por los expertos etnólogos, exceptuando nuestro común amigo y estudioso admirado Juan González Castaño, su paisano.

Juan Pastor vino a la vida en Mula, la alta y monumental; yo abrí mis ojos en la hondonada extraña de Albudeite. Cuánto nos une a mi amigo, poeta y editor, gran persona generosa e incansable luchador en muchos frentes..., y cuán poco le he correspondido en tantos años.

Juan Pastor, acogido muy bien en Barcelona, nada más llegar, fue celebrado por Ángel Leiva en la prestigiosa

publicación La Estafeta Literaria por su primer libro, de sugerente título: *Hasta que el tiempo los agote...*, que se llevaba desde Murcia, recién impreso (1975). Entre la capital más cosmopolita de la Península y la capital más concentrada en sí, Juan obtuvo éxitos y consideraciones, amistades y satisfacciones, personales y literarias. Así han pasado los años, largos años, que al autor de versos memorables como los contenidos en más de una decena de libros poéticos (algunos en el extranjero) no ha cambiado un ápice en excelencia humana y bonhomía, generosidad y efectividad en la elección, sin clasismo ni falsos purismos, de poetas de generaciones distintas.

Me sorprende la llegada a mis manos del libro de Juan *Dominios de matiz* (Devenir Poesía. Torrejón de la Calzada, Madrid, 2010), último publicado por mi amigo en la exquisita colección que él mismo creó y dirige, pero en la que él aparece tan comedido como pudoroso es su carácter. Y me llega su libro (he dicho, sorprendiéndome), mientras leo *Ragazzo della Bovisa* (algo así como *Chico de barrio*) del gran cineasta italiano Ermano Olmi, basado en un guión para un filme que no pudo llegar a realizarse, y leo los poemas de Juan, comparando la infancia conjunta que pudimos vivir, acaso en compañerismo. Se escri-

be de *Dominios de matiz*, que sus «versos nos arrojan desde un extremo al otro y del valle hasta la cima».

Ni Juan ni yo somos, en realidad, muchachos de ciudad. Quizás hicimos fortuna en el intelecto, como indica el gran Pasolini, pero la luz que nos obsesiona, buscamos, nos apropiamos, nos rodea y a la que pertenecemos, nos viene de los baldíos y los montes espartarios de nuestro terruño original.

*Dominios de matiz* fue presentada por el poeta Luis Alberto de Cuenca, amigo incondicional, en el Museo Ramón Gaya, el pasado 19 de enero, participando José Belmonte y Esther Peñas, que leyó una selección de poemas del libro. El acto resultó elegante y con prestigio. Era fácil recordar, junto a los versos de Juan: «Lo que significa estar con la belleza. Junto a su color y variedad de matices...» (pág. 25), la luz y la claridad, que la poesía de mi amigo siempre pone como presencia natural de su creación y vida.

Gracias, Juan, por la dedicatoria amplia que nos has hecho desde hace tantos años de tu obra y amistad, siempre fieles, siempre constantes que, parafraseando a tu sublime homónimo, Juan de la Cruz, dices, apuntando certero y tan alto, que a la caza das alcance.



Juan Pastor

## LITERATURA

# El cuerpo del día

Francisco Javier Díez de Revenga



■ Fulgencio Martínez (Murcia, 1960) es un poeta extraordinario y en cada nueva entrega de su obra sorprende con hallazgos dignos de detenimiento y de mención. Ahora es su libro *El cuerpo del día*, publicado por Renacimiento en Sevilla, el que nos descubre nuevas perspectivas de su complejo mundo poético. Ya sabemos que a Fulgencio Martínez le complace desdoblarse su personalidad y servirse de heterónimos, que compiten con él mismo, en la indagación de la claridad. Por eso un importante sector de este volumen poético, escrito al revés, recoge en su segundo libro composiciones poéticas que pertenecen a Sebastián Alfeo, Fulgencio Martínez y Séptimo Alba. Aunque el poeta prefiere denominarlos ortónimos, por suponer estos personajes perspectivas de una misma existencia, como los 'complementarios' de Antonio Machado, representaciones del mismo ser en diferentes circunstancias.

Y para mayor complejidad, el volumen que sabemos titula-

do *El cuerpo del día*, lo hallamos construido por dos libros: el primero con el nombre de *Los grandes conciertos* y el segundo, con el título de *Álbum de huellas*. En este segundo libro es donde se recogen los poemas de los apócrifos junto a los del propio Fulgencio Martínez. Se completa el volumen con un *Epilogo acediano. Hospital, gozo y laurel*, que hemos de atribuir a otro de sus ortónimos, Andrés Acedo, y que nos ofrece las composiciones más singulares del libro.

De esa forma se enfrentan diferentes puntos de vista poéticos de una misma realidad vital, y de su contraste, de su encuentro, se obtiene un resultado literario definitivo. Por eso interesa este mundo lírico en su complejidad estructural y formal, porque reúne la obra de un convencido escéptico que intenta comprender y explicar la vida y el mundo que la rodea, y, a través de un doloroso proceso de introspección, persigue la nitidez y la claridad ansiada desde el principio hasta el final. Ya que no es otro el objetivo universalizador de esta o de cualquier poe-



Fulgencio Martínez

sía, dado que su autor lo que pretende, como está previsto, es comprometer al lector en sus ansiedades.

A las «observaciones memorables» que contiene este libro poético se ha referido Luis Alberto de Cuenca en el prólogo que inicia la obra, en el que ha advertido que el poeta 'flâneur' que Fulgencio Martínez repre-

senta (y del que hablara Baudelaire, aquel que deambulaba por la ciudad sin rumbo fijo, el que pasea sin saber a donde va, mirando aquí y allá, sin hacer nada de provecho que no sea un callejeo ocioso) «no renuncia a desvelarse a sí mismo en su itinerario, construido a partir de una visión del mundo previa, no de la mera introspección lírica, porque asomarse al exterior es la mejor manera de ubicar y explicarse el mobiliario íntimo que a uno lo constituye». Y es muy cierto que este atravesar los días del poeta sometido a la fuerza y la virtud de los agentes externos que le rodean constituye uno de los estímulos más eficaces de su poesía, «para que valoremos más y mejor nuestra brevísima excursión por la existencia, que de eso, al fin, se ocupa la poesía», como sabiamente indica el prologuista.

Cuando un libro de poesía lleva en su título la palabra 'día', se halla el lector irremediadamente ante una suerte de diario poético que quiere atrapar y eternizar instantes y espacios que considera indelebles y que

son de necesaria comunicación al lector. Pero es que además este libro de Fulgencio Martínez está vinculado directamente a determinadas fechas, que ofrece en orden descendente, es decir, en sentido contrario de la cronología. Y no se trata ahora de un artificio de originalidad, sino de una necesidad de representar la realidad diacrónica a la inversa, y en definitiva vincular poemas a tiempos, a días determinados con su cuerpo, tal como en el título se indica.

El poema, nos dice el autor, es un medio físico como una suerte de fotografía capaz de darle visibilidad a los sueños y a lo que ya no ves. Lo ofrece como alimento espiritual a su lector, que así recibirá una nueva comunión: pan, verdad y poema quedan fundidos para regenerar el mundo de los excluidos de la tierra. La poesía queda consagrada como catarsis, como medio de comprensión del mundo, como anuncio de vida verdadera, como camino para conocer todo, desde el mar a la palabra de la calle, y como instrumento para recuperar las ilusiones enterradas y de buscar lo inalcanzable. Destino de intensas palabras que dota al libro de estimulante singularidad.